

CONTESTACION A CARLOS MARTINEZ SHAW

GASPAR FELIU I MONTFORT
Universitat de Barcelona

Creo que es sano y demasiado infrecuente que las polémicas y discrepancias científicas se diriman públicamente. Y, en este sentido, que Carlos Martínez Shaw salga en defensa de un tercero es un gesto digno de elogio. No veo, sin embargo, por qué las diferencias de criterio han de resolverse con atribuciones de «animadversiones personales», «manifiesta hostilidad» o «saña»; dejo al criterio del lector la valoración del uso de tales términos en una polémica científica. Por mi parte declaro que no tengo ni he tenido absolutamente nada contra García Cárcel ni contra la editorial Ariel; y si así hubiese sido jamás habría aceptado reseñar el libro. Bien al contrario, inicié con ilusión la lectura de una obra con tan atrayente tema. Quizá las esperanzas fuesen excesivas y la reseña refleje mi profunda desilusión ante el resultado.

Voy, sin embargo, a limitarme a responder a las alegaciones de Martínez Shaw, que supongo hechas con toda objetividad científica y sin ninguna saña. Y voy a hacerlo, para comodidad del lector, por el mismo orden en que se plantean en su réplica.

Sobre la longevidad de los habitantes de la Cerdanya (ochenta o noventa años): es cierto que García Cárcel no hace más que citar a Vauban, pero lo hace sin expresar ningún juicio ni aclaración y después de afirmar que «en este apartado pretendemos analizar el relativismo histórico del carácter catalán [...] a través del examen de la tipología caracterológica [*sic*] catalana en los siglos XVI y XVII que emana de los observadores exógenos de la realidad catalana». Un lector corriente no tiene por qué conocer «los anteriores estudios de demografía histórica» del autor, sino leer lo que está escrito. Por mi parte, tampoco dije, ni creo, que García Cárcel intentase validar tal aserto, pero sostengo que estamparlo sin ningún comentario denota descuido o poco criterio de selección.

Responder a la segunda queja del replicante es más complejo cuando hay que explicarse ante lectores que pueden ser poco versados en geografía catalana. En mi recensión consideraba desafortunada la afirmación de que el Alt Urgell fuese la comarca más oleícola de Cataluña; y la afirmación no es en

García Cárcel un *lapsus calami*, puesto que a continuación se refiere a Castellciutat, que se halla en esta zona. Pero Martínez Shaw se equivoca razonablemente y me critica que yo niegue tal carácter al Urgell; sólo que la marcha de la Reconquista ha dejado sobre el territorio catalán un Alt Urgell o Urgellet, con capital en La Seu d'Urgell, en la zona pirenaica y con una presencia prácticamente testimonial del olivar, y, unos 100 kilómetros hacia el Sur, un Urgell, geomórfica y climáticamente perteneciente a la depresión del Ebro y que era en la época, como afirma la tesis de Montserrat Durán, la comarca más oleícola de Cataluña. Es sorprendente que, después de tantos años en Cataluña, García Cárcel y Martínez Shaw puedan caer en tal error de ubicación.

«La masía [...] era el eje de *toda* la actividad rural de Cataluña: la unidad social y laboral del campo catalán y la base del sistema de explotación agraria» (el subrayado es mío). Martínez Shaw considera «lectura abusiva» que a partir de esta frase yo afirme que García Cárcel considera (equivocadamente) la masía como eje central de toda la actividad rural de Cataluña. Según mi replicante, ésta es «una generalización que se matiza convenientemente en otros varios pasajes de la obra», pasajes que no cita y sobre los cuales no puedo, por tanto, opinar; sí puedo decir que, aunque a menudo existen párrafos que, como no podía ser menos, contradicen tal generalización, no recuerdo ninguno en que la antinomia se señale y explique. Otra lectura abusiva, al parecer de Martínez Shaw: «no hay que creer que la nueva situación [*tras la Sentencia de Guadalupe*] iba a suponer la ruina del señor feudal, sino más bien lo contrario»; a mi entender, lo contrario de ruina es prosperidad, y esto no parece que pueda predicarse después de Guadalupe, de ningún nivel del estamento nobiliario; unos fueron, sin duda, más perjudicados que otros, pero ninguno salió favorecido. Otro punto: la compatibilidad transmisión hereditaria-fragmentación de la propiedad. Ello es muy cierto, como afirma Martínez Shaw; en cambio, es falso y, como decía en mi reseña, entra en contradicción con afirmaciones posteriores que «se prohibiese alienar propiedad alguna de la herencia».

A continuación me acusa de lenguaje insultante cuando cualifico de perlas afirmaciones sobre beneficios comerciales de al menos el 40 por 100, sobre la episcopalidad de Pau Claris o sobre la situación de la planta baja en los edificios. Creo que hay que atacar el tema por dos vías diferentes. En primer lugar, acepto que no debí hablar de perlas; las perlas hay que buscarlas y no se encuentran fácilmente. Los errores, en el libro de García Cárcel, salen al encuentro como las malas setas en otoño. Sobre todo cuando se trata de geografía o de onomástica: Castellvorelló por Castellrosselló, Monturaneu por Montmaneu, Terragrosa por Torregrossa, Alcanas por Alcarràs (sólo en las

páginas 42-43 del vol. I); Ulnys por Oms, Comprania por Cabrera (Capraria), Caramasa por Camarasa, Momenat por Montserrat, Acles por Arles, de Bellpuig, de los Avellanos por de Bellpuig de les Avellanes, Sant Pere d'Auró por Santpedor; linajes irreconocibles como Girón o Jossón, asiduamente convocados, según García Cárcel, a las Cortes del siglo XVI, o lugares como Vilanova de Sabell, Roca de Tuy o Regalim, cuyas identidades reales me resulta imposible esclarecer (pp. 328-330 del vol. I). Ello aparte de que en estas mismas páginas se convierta en monasterio la Orden Militar de San Juan de Jerusalén o se extraña la no convocatoria a Cortes de ciudades como Tarragona, Urgell (la Seu d'Urgell) o Solsona, ignorando que no lo eran por no pertenecer a la jurisdicción real. Para qué seguir.

Vayamos por la segunda vía. Acepto que las cuestiones sobre Pau Claris y sobre la planta baja de las casas sean distracciones, o bien errores de imprenta; e incluso que lo sean parte de los errores de geografía y onomástica antes citados. Mi crítica no es en este caso tanto contra el autor como contra el editor (aunque es buena práctica que el autor vele de cerca por el parto de su obra); una editorial de prestigio debe tener (y utilizar) un corrector competente, capaz de detectar los errores más groseros de cultura general o de sentido común. En cualquier otro sector industrial una pieza con tantos defectos formales estaría destinada, en el mejor de los casos, al montón de los saldos.

La última parte de la réplica se refiere al valor global del libro, pero incluye un punto secundario que prefiero avanzar para no romper luego el hilo de la argumentación; yo no afirmé que hubiese un «exceso en ofrecer testimonios contemporáneos»; mi queja era que éstos suplantasen prácticamente el texto de determinados capítulos, cuya elaboración resulta como consecuencia muy tenue.

En cuanto a la obra en conjunto, no niego la valentía de los planteamientos, empezando por la decisión de, en menos de cuatro años, «poner alguna luz en la tenebrosa oscuridad que ha caracterizado los siglos XVI y XVII» (t. I, p. 7). Son los resultados científico y editorial los que, a mi parecer, no están a la altura. Al final del libro, si hemos logrado sortear los errores, quizá sepamos más cosas, pero entendemos pocas más, sobre todo de aquellas en las que se ha pretendido ser más renovador. Y mucho me temo que el lector no especialista, o el estudiante, mercado, sin duda, importante de la obra, se encuentren confundidos más de una vez por las deficiencias de explicación y de transcripción, que nuestro respeto por el tiempo del lector y el espacio de la revista nos han aconsejado limitar.

E insisto en que la «posición ética en favor de la convivencia y la tolerancia» es una loable virtud cívica, pero no un mérito *ex se* para el historia-

dor; y, desde luego, cuando se me acusa de sofista me gustaría que se aportase alguna prueba. Porque la ciencia basada en el argumento de autoridad la creíamos desterrada de nuestra Universidad, y creo que todos enseñamos a nuestros alumnos a reflexionar sobre qué se dice, no a observar la altura de quién lo dice en el *ranking* científico o académico.

Finalmente, sin duda, es responsabilidad de la revista no haber hallado «un crítico con más capacidad»; yo solamente puedo responder de mi honradez al expresar para sus lectores la opinión que el libro me mereció; y sigo creyendo dolidamente que el prestigio del autor y el buen nombre de la editorial antes han perdido que ganado con su publicación. *Amicus Plato...*